

Sobre el misterio de la Asunción

• *Situación histórica*

Esta meditación sobre el misterio de la Asunción puede compendiar la serie de Capítulos escogidos que sirven para ofrecer, de forma especial, el espíritu de la Asunción. Entre otros muchos Capítulos sobre la Virgen María, este es el único que lleva ese título. En la “Introducción a las Constituciones”, el Padre Combalot habla del misterio de la Asunción. La Madre María Eugenia lo evocaba en sus primeras notas y en su correspondencia. Así, en una carta al Padre d'Alzon, el 15 de agosto de 1846 (Vol. IX –nº 1757).

... “Trataba yo de esforzarme en contemplar los sentimientos de Nuestro Señor y los de la Stmo. Virgen en el misterio de la Asunción ... Estaba, sobre todo, impresionada al observar que la humildad externa de la Stma. Virgen, la humildad de su amor, constituía el fundamento de lo que realmente atraía a Jesucristo hacia ella. Me acordé de su vida tan oculta, tan obediente, tan entregada, con ese amor desinteresado, que se eclipsaba siempre ante Jesús y al que no perturbaban las cosas, ni siquiera las más difíciles que se narran en el Evangelio, porque ella no se contemplaba a sí misma, puesto que, desprendida de sí, amaba, sin pensar nada más que en Jesucristo ... Me parecía que no existe nadie más que Dios a quien se pueda amar así ... En fin, la contemplación de esta alma sosegada, humilde, absorta en Dios, sencilla y desprendida me ha hecho más bien que cualquier [sic] otra oración”

El 14 de diciembre de 1873, dio una Instrucción sobre «el espíritu de la Asunción»; la serie de los catorce Capítulos consagrados a esta materia, pertenece al año 1878, el del 24 de febrero presenta a María en el “misterio de la Asunción, misterio de adoración”.

En 1881, cuarenta y dos años después de la fundación, en el 40 aniversario de la primera profesión en el “naciente Instituto”, se repite el tema a petición de las hermanas, “tema difícil”. Sólo os diré algunas palabras; quizá puedan inspiraros devoción”

En realidad, las “algunas palabras, llenan diez páginas del volumen de los Capítulos impresos. Ninguna huella manuscrita de este texto existe en los Archivos, pero el texto impreso señala: “Revisado y corregido por Nuestra Madre”.

• *Sumario del Capítulo*

- Esta meditación parte de la contemplación de Nuestro Señor en su vida mortal, humanidad unida al Verbo de Dios, después la Madre María Eugenia se detiene en la Santísima Virgen y su unión con Dios. En la Virgen encontramos nuestro modelo.
- El misterio de la Asunción es la realización del inmenso deseo de María de ver a Dios. “Este amor fue el que hizo desprenderse el fruto completamente maduro”.
- Consecuencias que debemos sacar: un deseo muy puro de conocer a Dios, de amarle y de verle.
- Una reflexión sobre la muerte “de las Hermanas más santas” (21), que imitaban a María, quien se dirigía hacia Dios con un deseo siempre en aumento.

- Y un último consejo: Para ser hijas, tratemos de anhelar a Dios, de amarle... con el único deseo de que se cumpla en nosotras la voluntad de Dios... perfectamente... plenamente.

(21) En el mes de agosto de 1881, ya contábamos con 74 hermanas muertas desde la fundación.

Queridas Hijas:

Me habéis pedido que os hable ahora sobre el misterio de la Asunción. Es un tema difícil. No os expondré más que algunas ideas, quizá puedan inspiraros devoción.

Sabéis que cuando Nuestro Señor vivía en la tierra, estaba de paso, pero al mismo tiempo gozaba de la bienaventuranza. Como segunda persona de la Trinidad, como Hijo de Dios, estaba asentado en lo más alto de los cielos, y gobernaba el mundo, reinaba en la beatitud de la divinidad; pero su humanidad, personalmente unida al Verbo de Dios, tenía naturalmente y por derecho propio la visión beatífica. Sin embargo, esta visión estaba de tal modo oculta en el alma, le impedía de tal modo desbordarse sobre su humanidad. Que así pudo sufrir, sentir angustia y abandono, pasar su vida en un estado muy doloroso, humilde y muy abatido, y ocultar a la vida de los hombres la gloria de la humanidad. El día de la Transfiguración, dejó emanar su gloria un instante y manifestarse a los hombres, pero fuera de eso, ha ocultado en su interior la gloria magnífica que le era propia, por derecho, a su alma y a su cuerpo.

Algo parecido le ocurrió a la Santísima Virgen: tenía, especialmente después del misterio de la Encarnación, una visión de Dios muy por encima de la visión de los Santos. Era una visión íntima y admirable, que sobrepasaba todas las luces concedidas a los Santos en el éxtasis. Al mismo tiempo tuvo sufrimientos sin par, por lo que ha podido ser llamada la reina de los mártires; ha padecido más que todos los mártires, ya cuando se acercaba la Pasión, ya en el Calvario, donde vio sufrir y morir a Nuestro Señor. Fue Dios quien, por un milagro, ocultó el gozo que debía infundir en ella esta visión de Dios tan perfecta y tan santa. Sin embargo, esta visión existía, estaba en lo que san Francisco de Sales llama el ápice más sutil del alma; en la parte más elevada de su alma, María veía a Dios de una manera admirable, estaba absolutamente unida a ÉL

Esto es lo que tenemos que imitar en la Santísima Virgen. La parte inferior de nuestra alma puede estar llena de sufrimientos, de confusión, de penas, de tedio. Nuestro Señor tuvo a bien aceptar el tedio para sí mismo: “Coepit pavere et toedere et maestus ese” (22), como se dijo de su agonía. Nosotras podemos experimentar todas esas cosas; pero tenemos que tratar, imitando a la Santísima Virgen, criatura pura, de tener siempre, en la parte más elevada de nuestra alma, la visión de Dios, la unión con Dios: he aquí nuestra tarea.

(22) Mt. 26,38. y, Mc 14, 34.

La Santísima Virgen tenía un deseo inmenso de ver a Dios, que fue la causa de su muerte, de su Asunción gloriosa. Hay, también aquí, un misterio, porque poseía, por una unión íntima, por una visión maravillosa, a ese Dios que ella deseaba. Pero, aunque poseyó a Dios en el ápice más sutil de su alma, no lo poseía completamente. Todas sus facultades, su alma, su mismo cuerpo no estaban penetrados por Él como debieron estarlo después de su muerte. Era esta unión suprema la que ella deseaba; pues poseer a Dios es una cosa que el hombre no debe jamás de sacrificar. Estar unido a Dios, no solamente en lo más sutil de su alma, sino poseerlo de la manera más perfecta, más completa, de modo que nuestro ser esté penetrado de Dios; este es el bien magnífico que se nos ha prometido y que debemos desear continuamente.

La Santísima Virgen deseaba ese bien infinito: era preciso que llenara todo su ser; y porque este deseo era de tal manera ardiente, que se difundía por todo lo que ella era, de forma que su cuerpo mismo se llenó de esta plenitud, y Dios quiso que fuera elevada al cielo. Este cuerpo purísimo ya estaba capacitado para la gloria, mientras que los nuestros, por causa de la imperfección y de la impureza original, experimentarían una larga transformación antes de poseer a Dios y verle en la eternidad.

Para la Santísima Virgen, este deseo tenía como principio el conocimiento completo que poseía de Dios. ¿Quién, entre las criaturas, ha conocido a Dios como ella? Dios, ser perfecto, infinito, soberano por esencia, en quien las perfecciones son el ser. La santidad, la belleza, la justicia, la fortaleza, el poder, toda perfección, en fin, es el ser mismo de Dios. Dios está por encima de todo nuestro entendimiento. Casi siempre le nombramos por medio de negaciones. Decimos que es infinito, es decir que no tiene fin, que es inconmensurable, es decir que no se le puede medir, que es incompresible, que no puede ser comprendido. Todos estos títulos, todas estas afirmaciones con las cuales le nombramos, nos hacen comprender que está por encima y más allá de todo lo que podemos concebir.

La Santísima Virgen, en este aspecto, tenía luces que aumentaban sus deseos. Cuanto más deseaba, más conocía y cuanto más aumentaba su conocimiento, más deseaba gozar de Él. Deseaba ver a Dios, deseaba también otra visión, ver a su divino Hijo, su infinito bien; deseaba verle, estar cerca de Él, y esto con un amor inmenso. ¿Cuál es el principio del deseo? Es el conocimiento, pero también es el amor. ¿Quién podría hablar del amor de María a Dios? ¿Quién podría hablar del amor de María a Jesús? ¡Era tan elevado, tan ardiente, tan por encima del amor de todos los Serafines, de todos los Querubines, este amor que alegra el cielo!

Este amor es el que ha hecho caer del árbol el fruto completamente maduro, que ha separado el alma del cuerpo de la Santísima Virgen, y que los ha unido el uno al otro, por el deseo de Jesucristo, de reclamar a su Madre para compartir su trono en el cielo. He aquí lo que descubrimos en el misterio de la Asunción.

Pero hay consecuencias que podemos sacar de todo esto: y lo primero es un deseo muy puro de conocer a Dios y de amarle. Debemos tratar de conocerle y de amarle siempre más, con un amor cada vez más ardiente y con un deseo más puro. No creo que,

a pesar de sus grandes sufrimientos, la Santísima Virgen se haya quejado jamás. Su vida, cuando estaba en el mundo, era una vida de unión con Dios y de caridad hacia el prójimo. Que eso mismo sea para nosotras: que nunca en las cosas que nos abrumen, en las espinas que encontramos, nos apartemos para evitar la cruz, que la hallaremos siempre en un lado o en otro. Como discípulos de Jesucristo, no debemos desear vivir sin cruz, no debemos desear carecer de espinas. Debemos vivir con alegría, con buen humor, contentas con nuestras espinas. Es necesario que le pongamos buena cara; es preciso, como dice san Francisco de Sales, ofrecer a las picaduras de las abejas un rostro apacible, aunque ello no sea agradable.

Las cruces, las espinas, las penas de este mundo no son agradables; pero si establecemos con ellas una alianza, si, como san Andrés, las llamamos buenas cruces, porque nos llevan al cielo, si estimamos su precio, llegarán a sernos queridas y nos proporcionarán una gran paz. Como os digo con frecuencia, no nos preocuparán, nos ejercitarán y nos santificarán. “Las cruces no están hechas para preocuparnos, sino para ejercitarnos”; esto lo dice el cardenal de Bérulle que he citado a menudo, “porque, dice, el Hijo de Dios, que se nos ha dado, tiene que ser la única y verdadera ocupación de nuestra alma”. Y si las cruces no nos inquietan, tendremos, como María, el alma libre para desear a Dios por Él mismo, por sus perfecciones infinitas y para amarle sobre todas las cosas. El deseo de amar aumenta el amor; el deseo de amar busca el conocimiento y nos lo da.

Así nuestro deseo de ver a Dios no se dará en nuestros sufrimientos, en lo que nos ocurra, sino en la forma en que acontece en Dios; en lo que Él es; en su bondad, su belleza, su perfección; en Jesucristo, Hijo de la Santísima Virgen, nuestro Esposo.

Con frecuencia el deseo de la muerte no es bueno, porque, dice san Francisco de Sales, con una cierta ironía, que es preciso ser un alma muy perfecta para desear morir sólo por ver a Dios; con frecuencia hay con él otro motivo que echa a perder todo ante Dios. Tal ocurre cuando la vida causa tedio y cuesta llevar la cruz, por lo que se desea morir. Es una experiencia muy particular que yo he observado. Todas aquéllas que han deseado la muerte con tal impaciencia, han obrado como en la fábula de la Fontaine: después de llamar a la muerte, cuando llegaba, de buena gana le habrían pedido que les cargará otra vez la cruz sobre sus hombros. Esas personas no son las más desprendidas, las más alegres, las más perfectas en la enfermedad. Ese deseo de morir no es un deseo que se deba cultivar, a menos que no se haya llegado a una gran santidad, lo que apenas se puede pensar de uno mismo.

Hasta ahora he visto a las hermanas más santas, completamente abandonadas en las manos de Dios, prestas a vivir y prestas a morir. Si Dios manifiesta su voluntad, su alma la recibe sin resistencia. Una de estas hermanas me decía en su lecho de muerte: “Si Dios me llama, ¿no puedo desear ir hacia Él?” Es el impulso de un alma a la que Dios invita, y que responde con alegre prontitud. Esta clase de deseo es excelente. Pero, cuando Dios no quiere, cuando no da ningún testimonio de su voluntad, cuando todavía no se ha recibido la Extremaunción, ese deseo no es el de la Santísima Virgen, tan sumisa, de tal modo sumisa, que, a pesar del imperio soberano que tenía sobre su Hijo y el deseo ardiente que Él mismo tendría de colocarla en el trono que la había preparado, de presentar a su Madre a la ciudad celeste, de coronarla como reina de la Iglesia militante,

durante todo el tiempo en que la Iglesia de este mundo combata aquí abajo, como reina de la Iglesia triunfante en la eternidad, sin embargo la dejó algunos años en el mundo.

No creo que ella le pidiera a Dios que abreviará su vida; esperó la hora señalada por su voluntad, y dijo, como lo había dicho en la Anunciación: “Yo soy la esclava del Señor” (23). Sin embargo, toda su alma aspiraba al cielo por un deseo lleno de amor, un amor que siempre iba creciendo. una visión más completa de las perfecciones divinas, de lo que es Dios, de lo que es Jesucristo para la criatura, para el alma redimida, porque la Santísima Virgen también fue redimida en el momento de su Inmaculada Concepción. Ella aspiraba a la unión con su divino Hijo con todas las fuerzas de su alma, y este deseo iba siempre creciendo.

Desde su nacimiento, el amor de la Santísima Virgen sobrepasaba con mucho nuestro insignificante amor. Ciertamente podemos decirlo, puesto que la Iglesia le aplica esta frase: “Fundamenta ejus in montibus sanctis”. (24); es decir, que ella comenzaba allí donde terminaba la perfección de los Santos. Su amor, cuando era muy pequeña, en los brazos de su madre, sobrepasaba ya nuestro insignificante amor. Pensad a qué grado de amor, siempre creciente, habría llegado en el momento de su Asunción gloriosa.

Para ser sus hijas, esforcémonos en desear a Dios, en conocer a Dios, en amarle, en conocer a Jesucristo, en desear amarle con un amor cada vez más paciente, cada vez más sumiso, dispuestas a sufrir por amor a Dios y unidas a su voluntad, sin cansarnos de sufrir, deseando solamente que lo que Dios dispone se cumpla en nosotras, y tratando de realizarlo tan perfectamente, tan cumplidamente en esta vida, que obtengamos tan pronto como muramos la gloria que esperamos para nuestra alma, y que asegurará la que nuestro cuerpo debe gozar después de la resurrección final.

(23) Le. 1, 38.

(24) Sal. 86, 1.